

Dos sonetos impuros

I

La lluvia se oye andar bajo los grises
y es quicio de una paz que bebe llamas
en los elementales ocios, tristes,
de mirar una lluvia ya cansada.

El agua precipita los jardines
hacia el verdor intruso de las almas.
Bajo el limo la piedra se desviste
hasta ausentarse nítida en el agua.

Lo desigual de un cielo cabizbajo
se deshace en humores de marina.
La fiesta del relámpago descalzo

aquieta su final motor de ira,
y el incansable dínamo del fango
rehace la emoción de la semilla.

II

En el sencillo cántaro va el agua.
Jugando recompone su presencia
con ligero ademán sin evidencia
vuelca sobre la tierra la sustancia.

En la helada ceniza duerme el agua
amándose en la forma de la herencia
elemental del fuego: la violencia
bajo el brillo frutal que alza a la llama.

Sustratos vivos que en su ser se aclaman,
alarido de polvo sin futuro
que salta al vals fugaz sobre los mundos

y entrega su labor, ciega constancia,
al fruto universal que le reclama
sólo el fermento azul de la plegaria. ◇